

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. ANDRÉS SORIA OLMEDO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 2002

GRANADA

MMII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Imprime: La Gráfica S.C.And.- Granada
Depósito Legal: Gr-1.969/2002
I.S.B.N.: 84-607-5987-3

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. ANDRÉS SORIA OLMEDO

Francisco García Lorca (1902-1976):
para una biografía intelectual

Querido Presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada,
Queridos compañeros,
Señoras y Señores:

ES un honor haber sido designado miembro de esta Academia, y es también una responsabilidad muy especial. Al ser esta Academia de nueva planta, estamos en la posición singularísima de inaugurar una tradición. La estructura académica se distingue por ser colectiva, basada en la práctica de lo que la antigua retórica llamaba la “civil conversación” y por proyectarse al servicio de lo público. Con lo cual, la mera existencia de una Academia moviliza una tradición, es decir, un acto de entrega. Está en nuestras manos, literalmente, la posibilidad de que los que vengan después consideren esa tradición como modesta o ambiciosa, gloriosa o inane. Ése es uno de los motivos que me llevan a dedicar este discurso a la semblanza de un paisano nuestro nacido hace cien años y destacado cultivador de las Buenas Letras: Francisco García Lorca (1902-1976). Con ella quizá se contribuye a completar un panorama de la vida intelectual y artística de la Granada del siglo pasado cuyo conocimiento puede servirnos de modelo –si es que la historia puede ser maestra de la vida.

Está claro que la trayectoria de Francisco García Lorca no puede separarse de la de su hermano Federico, de su presencia y de su tragedia. Pero la historia de la figura excepcional no resta entidad a la figura más accesible. Es exactamente el caso opuesto: la entidad autónoma de Francisco ilumina y matiza el conocimiento de Federico, entre otras cosas por

haber escrito acerca de su vida y de su obra, pero también por compartir un mundo. *Federico y su mundo* es, obviamente, Federico y el mundo que compartieron ambos. La reciente aparición de *Recuerdos míos* (2002) de Isabel García Lorca no hace más que confirmar y precisar la consistencia de ese microcosmos, dándole la razón a un comentario hecho por Pedro Salinas el 21 de octubre de 1927 a su amigo Jorge Guillén:

Anteayer estuvieron en casa todos los García Lorca: familia simpatiquísima en la que se encuentran datos dispersos, chispeantes de la personalidad de nuestro amigo: casi, casi, estudio de fuentes literarias.

De hecho, la lectura cruzada de las memorias de los hermanos pone de relieve la importancia de lo que Natalia Ginzburg llamó en las suyas “léxico familiar”. En quien os habla ciertas palabras de ese léxico tienen una cercanía que compromete la norma de que el historiador no debe implicarse en lo narrado y al mismo tiempo solicita que esta historia se cuente con esa alquimia de documento, conjetura y autobiografía que emplean el Sebald de *Los Emigrantes* o el Muñoz Molina de *Sefarad* (de hecho, una parte de esta historia vive ya en ese libro admirable). Sin ese talento, tendré que ceñirme a un biografismo más convencional.

En un primer período, la trayectoria de Francisco García Lorca se incardina, con un perfil bien definido, en un espacio muy rico y muy vivaz de nuestra historia. Pero si acudimos a su voz poética —que en vida del autor fue voz secreta y publicó, póstuma, Mario Hernández— las décimas de “Albedrío” nos declaran lo evidente:

¿Quién hace, madre, mi vida
de dos mundos medianera
que quizá lo mejor fuera
que la dejaran dormida?

Sin más hay que anticipar que el crimen y el exilio es la frontera divisoria, determinante para esta vida que se configura necesariamente como en el Cancionero de Petrarca: “In vita” e “in morte” de Federico. En vida de Federico todo se acoge al espacio general de la vida y la juventud. En ausencia, es la memoria y su melancolía la que toma el relevo. De todo ello quedan unos testimonios y unos textos que nos permiten remontar el curso de esta vida.

En Granada, los años de Francisco García Lorca -los años de Paquito, como lo llaman en su familia- son los años de mayor plenitud de la ciudad, desde el punto de vista de la actividad intelectual, quizá en todo el siglo XX. En todo caso, las sucesivas formaciones y agrupaciones artísticas de Granada no han dejado de tener presente hasta el día de hoy la lección de la revista *gallo*. Y como se sabe, Federico llevó adelante esta publicación teniendo muy presentes las posibilidades de las promociones más jóvenes, entre ellos, a su hermano cuatro años menor. Si la hipérbole en la presentación que Federico le hace a Jorge Guillén, en febrero de 1927, puede obedecer al cariño fraternal, el retrato de sus circunstancias y de su ansiedad de influencia es más objetivo:

Yo estoy *loco* de alegría. No digas nada a nadie. Pero mi hermano Paquito está escribiendo una novela maravillosa, así como suena, maravillosa Y sin parecerse nada a mis

cosas. Es delicioso. No digas nada todavía. Será una sorpresa tremenda. No me ciega el infinito amor que yo le tengo. No. Es una realidad. Como tú eres tan *mío* te cuento esto. Es un desahogo de mi alegría. Mi hermano ha estado *cohibido* por mi personalidad, ¿entiendes? A mi lado no podía brotar, porque mi ímpetu y mi arte le sobrecogían un poco. Ha sido necesario que él salga, viaje, y le den vientos contrarios en la cara. Pero ya está. El pobre se está preparando a cátedras de no sé qué en Derecho, y ganará la oposición para no dar disgusto a mis padres. Él es un gran estudiante y está *protegido* por el Claustro en pleno de la Universidad. ¡Pero qué gran literato! Él está llamado a superar a los actuales. Yo he estado anoche comparando su prosa y su manera con la de Salinas y Jarnés, para ponerte altos ejemplos modernos, y tiene un encanto distinto y *más claro*, más juvenil que ellos. Además, es una *novela larga* lo que hace. Una novela llena de mar Mediterráneo. Mira, ha hecho un capítulo de un concurso de belleza en los baños de Málaga, que es colosal. Esto es una de las sorpresas. Él empezará a escribir en el *gallo*. Y también escribirá Enrique Gómez Arboleya, de dieciséis años, que ha escrito un cuento, “Lola y Lola”, delicioso. Y escribirá el inefable niño a quien nosotros llamamos “Don Luis Pitín” [Luis Jiménez Pérez] cuentos de brujas de alcuza y duendes, de lo más imaginativo que darse puede, y otros más bastante aceptables (EC, pág. 437-38).

De la novela, que se iba a titular *Roman en 15 jours à côté de la mer...et après* (y cuyo manuscrito, que se conserva, va a ser editado por Juan Pérez de Ayala) apareció “*Encuentro*” (*fragmento de una novela en preparación*) en el nº 2 de *gallo*,

(abril 1928, págs. 4-7.). Es un relato ambientado en unos baños de mar y teñido de un suave erotismo que se disemina en todas las direcciones (el atlético Enrique tiene “el deseo concreto e inconfesado de acusar sus fomas masculinas”; Víctor, que tiene “una pierna defectuosa”, “bebía la ondulación de la falda de las muchachas”, y le comenta a Daniel hablando de otras dos, “veo en ellas su amistad llevada sin saberlo a un campo inmediato al prohibido”; “su cuerpo, Matilde, responde a mis racimos de preguntas”, le dice Enrique a su amiga) hasta que termina la jornada de playa y regresan a la vida y las relaciones cotidianas, dejando solo el escenario: “detrás de la luz había mundos y estrellas, aquellas olas eran la punta de una trama inmensa de ritmos: el Mediterráneo”. La prosa se resuelve en imágenes atrevidas y claras, al modo de aquellos años.

A posteriori, las páginas autobiográficas de *Federico y su mundo* (que apareció en 1980, aunque fue redactado entre 1959 y 1965, según su editor Mario Hernández), nos llevan al nacimiento en Fuente Vaqueros, a los antecedentes familiares, a los parientes y sus aficiones artísticas, como el tío Baldomero, la abuela liberal y lectora de Victor Hugo, los padres, la infancia, la muchacha Dolores la Colorina, cuya importancia queda refrendada ahora por el testimonio de Isabel. Aunque la memoria, en el libro, se pone al servicio del esclarecimiento del arte de Federico, está escrito en el registro de un “nosotros” en el cual se abre paso la presencia del narrador cuando ya se evocan episodios del Colegio, el Instituto y la Universidad. Francisco es estudioso, disciplinado, pone su buena consideración al servicio de las trampas necesarias, además de la tutela en el estudio, para que su hermano se haga

con los títulos universitarios que requiere el padre, especialmente por su relación con Fernando de los Ríos (desde luego, muchos años antes de pensar siquiera que sería su suegro).

Lo mismo ocurre al evocar los años de la imprescindible tertulia del “Rinconcillo” del Café Alameda, es decir, de 1918 a 1923. El precoz Francisco participa en todas las actividades del grupo; sobre todo destaca su capacidad para la parodia, al forjar los versos del apócrifo poeta don Isidoro Capdepón, aquel representante de todo lo caduco y lo putrefacto. Un ejemplo -que también lo es del pudor con que se presenta Francisco en este libro, pues se limita a apostillar: “me figuro que mi colaboración en él fue importante”- es este “excelente” soneto donde el ausente Capdepón rememora su tierra natal:

En el cerro gentil de la chumbera,
frente a la ingente mole plateada,
altiva y colosal Sierra Nevada,
una iglesia se yergue placentera.

Su santo Nicolás allí venera
la sublime piedad de mi Granada
y le van a adorar, santa manada,
desde el rico que goza, a la Cabrera.

¡Oh, padre Nicolás! Hasta el lejano
monte de Huatmozín llegan los ecos
del pensil granadino que te adora:

aquí los oye un español cristiano
que, rodeado de guatemaltecos,
piensa, gime, suspira, reza y llora.

(Y nótese que por muy guatemalteco que suene, el nombre de Huatmozín se inventa a partir del muy albaicinerero y arábigo Callejón de Guatimocín).

En febrero de 1923 el Licenciado en Derecho está ya con Federico en la Residencia de Estudiantes (“En la Residencia estamos divinamente”) y prepara el Doctorado en la Universidad de Madrid. Como es natural, se integra en las horas doradas que vive la Residencia, donde están igualmente Dalí y Buñuel, quien lo hace miembro de la Orden de Toledo, cuyas reglas consistían en pasear toda la noche por esa ciudad entonces fantasmal y albergarse en la cervantina Posada de la Sangre, que existía aún. Con ellos hace deporte y sale disfrazado por Madrid.

De enero a junio de 1924, con cartas de presentación de Falla, Francisco se traslada a París, a estudiar en l’Ecole des Sciences Politiques. En “París, capital de Francia, cerebro del Mundo...” (según le escribe el pintor Joaquín Peinado en enero de 1925, poco después de su primera estancia), lo pasa bien, alternando el estudio con los ambientes un poco bohemios del propio Peinado, Manuel Ángeles Ortiz y otros pintores españoles residentes en París y seguidores de Picasso, como Hernando Viñes e Ismael González de la Serna y las guapas alumnas de la clase de gimnasia de Madame Poppard, entre ellas las hermanas Rucar. Una de ellas, Jeanne o Juanita se casaría con Luis Buñuel. En sus *Memorias de una mujer*

sin piano recuerda que Peinado, Manuel Ángeles Ortiz y Francisco se presentaban con frecuencia a comer en casa de la señora Rucar.

En julio de 1924 está de regreso en Granada y con su familia recibe la visita de Juan Ramón Jiménez, tan importante para Isabel y para la literatura de Granada, y en otoño de 1925 de nuevo en Francia, con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios. Esta vez va a Burdeos, y allí le escribe Federico en noviembre: “Cuéntame muchas cosas y pronto. Tu impresión de Burdeos, los chicos surrealistas, etc.” En febrero de 1926 le escribe una carta memorable porque nos informa a la vez sobre los propósitos artísticos de Federico y sobre la singular posición de su hermano menor como lector de esos textos.

En julio de 1926 está en París, y allí le escribe Federico preguntándole por la película que está dirigiendo Buñuel como ayudante de Jean Epstein. El simpático escenógrafo Santiago Ontañón recuerda en sus memorias la tertulia del Café “Select”, en el Boulevard de Montparnasse, donde Buñuel premiaba con un cóctel a los mejores actores de las escenas que tenía que preparar. Solían ganar Francisco y el propio Ontañón. Regresa en diciembre de 1926, y el 31 de mayo de 1927 le escribe su amigo Joaquín Peinado echando de menos “nuestra vida parisina interrumpida por tu ausencia”, el París del Dôme y La Rotonde (“norteamericanas y nórdicas pasean por allí sus cuerpos espléndidos vestidas con ropas escotadas y ligerísimas”) cuyo centro ideal está en la esquina de los bulevares Raspail y Montparnasse y contándole las aventuras de “la Banda”: Buñuel, Lacasa, Ortiz,

Bores, Cossío, Viñes, Ismael. “Picasso estuvo a verlos y prefirió a Ismael. Juan Gris ha muerto. El marchante Kahnweiler ha ido a verlo”. No se trata de dejar caer nombres sin más, sino de señalar, aunque sea obvio, que se trata del mismo París de la “Generación perdida” y Gertrud Stein, del mismo París de Sylvia Beach y Adrienne Monnier. (De hecho, Jeanne Rucar fue amiga de Sylvia Beach y de Joyce antes de renunciar a su piano por Buñuel). Con poco esfuerzo, nombres y lugares que se entrecruzan en constelaciones, y en una de las estrellas menores está Francisco García Lorca. Por eso, cuando llegamos a la empresa menor de la revista *gallo* hay algo en ella que no es provinciano, o que en todo caso es obra de estos nuevos europeos de provincia.

En ese momento ni siquiera es demasiado relevante si Francisco va a proseguir con su actividad literaria. Basta con tenerla a mano sin renunciar al camino propio. En agosto de 1929 se retira de unas primeras oposiciones al Cuerpo Diplomático, con gran preocupación de su hermano que entonces está en Nueva York, y entre 1930 y 1931 las gana. Ya miembro del Cuerpo Diplomático de la II República, en 1933 sirve su primer destino como vicedónsul en Túnez y luego como Secretario de la legación española en El Cairo.

En septiembre de 1936, ya muerto Federico, está en Bruselas como primer secretario de la Embajada española, mientras Fernando de los Ríos es nombrado embajador de España en Washigton. Ese mes viaja a Bruselas su hermana Isabel, que estaba en Madrid y los dos hermanos pasan allí los tres años de la guerra civil. En otoño de 1938 Francisco tiene que volver a Barcelona, donde ve la retirada de las

Brigadas Internacionales, y en enero de 1939 regresa a una Bélgica que ya ha roto relaciones con la II República. Isabel está ya en Estados Unidos, refugiada en casa de su amiga Laura de los Ríos.

Llegó a Nueva York en mayo de 1939. El resto de la familia llega a fines del verano de 1940. Es el exilio, o como prefiere Isabel, el destierro. Entre los poemas de Francisco, escritos entre 1940 y 1950, el impresionante “Barco” expresa la condición colectiva del momento:

Pintado va a retazos de grises y de sienas.
Barco
sin guitarras y sin acordeones
y sin cantos.
Acechado por los duros continentes de acero
a los que ha de llegar.
Helado el cuaderno de bitácora,
la documentación, la lista,
el manifiesto, el visado.
Todo para tu cargamento de miseria.
Brillan las estrellas como siempre brillaron.
Devanan los ágiles delfines sus saltos.
Sí, pero las cerosotas hacen gemir las heridas.
Pero en las flores blancas hay un temblor extraño.
Si fuera todo un sueño que nunca se acabara.
No llegar nunca. Dejadlos.
Oh carnes perseguidas.
Con tu pesado flete de miseria
ve tan despacio
que seas como un barco a la deriva.

En América, la biografía de Francisco García Lorca, obligado a cambiar la diplomacia por la docencia y la investigación, se encierra en la cronología del profesor de Columbia, y luego Director de la Casa Hispánica de esa Universidad, y desde 1947 de la Escuela Española de Middlebury, por la que fue investido Doctor “Honoris Causa”, en la del crítico autor de dos libros, *Ángel Ganivet. Su idea del hombre*, tesis doctoral publicada en 1952, y *La escondida senda* (1972), un puñado de artículos, entre otros sobre su hermano.

En el plano privado, se casó en 1942 con Laura de los Ríos y tuvo tres hijas. A mediados de los años cincuenta empezaron a poder regresar a España. Soledad Carrasco Urgoiti no olvida que “su familia era quizás el núcleo principal de un grupo entrañablemente unido y al mismo tiempo abierto, de españoles que supieron conservar en el exilio el talante intelectual, los estilos, arte y gracia de la vida española en el tiempo de su formación y primera juventud”.

Respecto del libro sobre Ganivet, aparte del hecho sintomático de dedicarse a otro diplomático y a otro habitante de la “melancólica ciudad de Granada” -el adjetivo es de Francisco y con él comienza el ensayo-, apunta Gonzalo Sobejano (colega de Francisco en Columbia desde 1963) que su orientación contenidista quizá deba relacionarse con las preferencias de Federico de Onís, entonces director del Departamento en Columbia.

En la apertura se sitúa Granada, en cuyos símbolos arquitectónicos contrapuestos, el palacio de Carlos V y la Alhambra, parece encerrarse la contradicción de un fin y un

principio, ambos juntos y ambos ya pasados, y justificarse la presencia de “muchos tipos en contradicción íntima consigo mismos, excéntricos recatados, que definen muy bien lo granadino”; entre ellos, tan diferentes de la tónica gracia andaluza, Ganivet da unidad a su producción por su “referencia, directa o no, a su individualidad e intimidad propias.”

El estudio ahonda en la mezcla de aprecio y desprecio por el hombre que distingue a Ganivet, hasta su afirmación desesperada del hombre completo -estoico, cínico- frente al hombre fragmentado del mundo moderno. El estudio temático se detiene en el valor de los cuatro elementos, especialmente en el valor de la tierra, en el conflicto básico materia-espíritu, en los valores morales, el primero de los cuales es la dignidad estoica y cínica. A juicio de Miguel Olmedo, Francisco García Lorca es el comentador más profundo de Ganivet.

En cierto momento habla Francisco de “la prudencia que se impone a todo hombre al penetrar en el mundo moral del otro” y ése es justamente el caso del crítico. Las notas autobiográficas están muy escondidas, aunque asoman alguna vez. A propósito de un relato de Ganivet sobre una pelea a pedradas confiesa que es exacta a otras “en las que yo mismo he participado como feligrés del barrio de la Virgen”; en otro lugar apostilla: “si no nos hubiera acostumbrado a esta incapacidad la escandalosa ausencia del paisaje granadino en *Granada la bella*, sería inconcebible que Pío Cid pasase con tal indiferencia ante la insólita belleza de Sierra Nevada. Pero así es”. Aunque es sobre todo la décima de *El escultor de su alma*, que copia, la que nos lleva a sus propias décimas, las del citado “Albedrío”:

Quién pudiera rosa ser
que en naciendo se deshace
y muere allí donde nace...
¿Para qué tanto saber,
y luchar, y padecer,
si al cabo, en la hora postrera,
cuando la muerte certera
me hiere, todo lo olvido
y sólo un sepulcro pido
en el lugar que naciera?

escribe Ganivet, y Francisco:

Olivar entre luceros
donde soñando al acaso
se abrían a cada paso
innumerables senderos.
Quién pudiera otra vez veros
espuelas de mi albedrío:
pero la vida es un río
y a cada paso que doy
senderos cerrando voy
sin saber cuál es el mío.

En *La escondida senda* el yo autobiográfico está del todo oculto salvo por la elección del asunto. El autor se propone esclarecer “relaciones temáticas, similitudes expresivas y manifiestos enlaces formales, considerados, primero, como meros síntomas de hondos planos de incidencia poética, e integrados, luego, en tramas armónicas” entre Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, o con más preci-

sión: el *Cántico espiritual* y su comentario se nutre de intertextos -diríamos hoy- procedentes de algunos de los poemas mayores de Fray Luis de León y de sus comentarios a su traducción del *Cantar de los Cantares*, que Juan de la Cruz prefiere a la traducción de la Vulgata.

Son los años del New Criticism y de la estilística, y al fondo está el libro de Dámaso Alonso (1942) y su distinción de una ladera “humana” y otra “divina”. Pero su acercamiento a lo que llama la “sobrehaz” poética del texto tiene una originalidad indudable por la exactitud de la escucha, traducida a veces a lo visual en ingeniosos diagramas, y por no reducirse a lo temático:

No siempre ayuda al establecimiento y sustentación de este tipo de enlaces su consideración desde el orden temático; si no damos a la palabra *tema* algo de su sentido musical. Habrá que considerarlo más como un orden de modulaciones que la reiteración formal de un sujeto poético. Precisamente por tratarse, en estas vinculaciones entre dos fuentes poéticas, de frecuentes resonancias distanciadas, de similitudes o *diferencias*, expresado en términos musicales, la misma melodía resuena sobre sujetos diferentes.

Claudio Guillén, en el prólogo a su selección de artículos críticos (también muy restringida en cuanto al canon: Garcilaso, *Lazarillo*, Cervantes, Góngora, Quevedo, Federico García Lorca. Es decir, máxima cercanía en la lectura de textos que previamente entusiasman), recuerda la relación profunda entre el destierro del crítico y la admiración por las palabras

de los grandes escritores. Al caracterizar estos análisis “extraordinariamente detenidos y tenaces” observa que resisten a la simplificación. El objeto del análisis es el poema mismo, pero no se accede a él sin contar con el lector y con el proceso de lectura, que García Lorca entiende como “reviviscencia” del acto creador, o más bien como “una entrega amorosa que comporta la aceptación del objeto creado en los términos del poeta”. Para Guillén esta idea hay que entenderla como tropo para alcanzar lo analizable con medios racionales, teniendo en cuenta de modo primordial las relaciones entre textos, incluso las “raicillas y nerviaciones” que están más allá de la conciencia del autor (sólo el examen de las rimas internas en el romancillo “Hermana Marica” de Góngora constituye un capítulo sustantivo). Quizá esa atención a los efectos intertextuales sea el elemento más vivo de estos análisis casi veinte años después (1984) de que Claudio Guillén se preguntase si este tipo de crítica no había quedado sino en “rocío de los prados”. Hoy estos ensayos tienen el sabor y el valor de la inactualidad.

La atención es también lo más notable de los ensayos dedicados a su hermano, desde el temprano prólogo a la traducción inglesa de *Tres tragedias* (1947) donde puso de relieve la unidad indisoluble de poesía y teatro en Lorca (“Poesía, risa y lágrimas son los ingredientes de su invención dramática”) hasta los exámenes detenidos de versos solos, como “verde que te quiero verde”, de “máxima precisión equívoca” y poemas específicos, como “Canción de jinete”, donde se concentra “El drama elemental, sencillo y misterioso de que vivir es ir hacia la muerte”. En el fondo esa reducción a lo concreto contra el mapa nebuloso de los símbolos y los moti-

vos genéricos es la lección crítica más productiva (Francisco García Lorca). Pues sólo evitando por sistema los aspectos genéricos resulta eficaz –por poner un solo ejemplo- la referencia a la muerte. En Federico García Lorca “la muerte está planeada como un acto que tiene un eco remoto de venganza individual”, siempre como un escandaloso accidente, como un asesinato. Para Federico, afirma su hermano, “el hombre no acaba como la flor, sino como el vaso que la contiene”.

Este retrato apresurado no quedaría cabal sin una alusión a ese centro secreto que forman los poemas de Francisco García Lorca con sus registros y sus tiempos propios. Están escritos más cerca de Antonio Machado que de Federico, y se abren a la elegía y al amor, siempre con una reticencia y una gravedad que les dobla el valor. Así el retrato del padre, “el campesino que jamás cogió un azadón” cuya “limpia actitud hacia la vida” elogia su hija Isabel y que murió en Nueva York:

A veces mientras hablas a solas, padre mío,
sin luz casi en los ojos, mas de plata la frente,
yo muevo la cabeza imperceptiblemente
y para más amarte, triste, de pie, sonrío.

Qué limpia llama queman de amor y poderío
tus viejas rosas, padre, qué ceniza caliente
aún derrama tu mano, que en su temblor ya siente
de la tierra lejana no sé qué viento frío.

Hablas a solas, padre, y vuelan malheridas
y rotas tus palabras en torno de tu pena,
que forma con la mía indefinibles ramos.

“En la ciudad..., Dios mío..., Granada..., sí..., dos vidas...”
De pronto me adivinas, y con la voz serena
“¿Tú por aquí?”, me dices, “siéntate, ¿cómo andamos?”

Así la voz baja e intensa del amor en el destierro:

Yo también mi soledad
en tu corazón la veo.
Los racimos de tu viña
se desangran en mis dedos,
el calor de tu mejilla
abre las puertas del beso
y en los zumos de tu boca
es mi vida lo que bebo.
¿Por qué desmiente tu risa
el palpar de tu seno?
Una cadena de sombra
cierra el horizonte, lejos.
Abrázame. No me mires,
pero que sienta tu peso
al abrazarte. ¡Qué inmóvil
la tarde, sin un lucero!
Doradas como la espiga
cubrir de sombra no quiero
ni tu carne ni tu alma.
Levanta conmigo el cerco
que han puesto a mi corazón
no sé qué dolores viejos.
Vamos al límite mismo
donde decide el misterio
a cara y cruz nuestras vidas.

La carga compartiremos.
Lleva tú mi soledad.
Yo las luces de tu cuerpo.

Así, como no puede ser de otra manera, la elegía por el
hermano muerto:

El pájaro en la rama
y, de pronto, no estaba.

El árbol en silencio
pero, de pronto, el viento.

La tarde está en mis hombros
y, de pronto, yo solo.

Un pájaro en el viento
me trae tu recuerdo.

Y creyendo estar solo,
de pronto, yo miraba
con la luz de tus ojos.

He dicho.

ANDRÉS SORIA OLMEDO
(Granada 1954)

Andrés Soria Olmedo, de la Academia de Buenas Letras de Granada, es catedrático de Literatura Española de la Universidad de Granada. Doctor por las Universidades de Granada y Bolonia, respectivamente con Premio Extraordinario y Premio “Vittorio Emmanuele II”, ha sido “Visiting Scholar” en la Universidad de Harvard (1987) y “Visiting Professor” en la Universidad de California y Los Ángeles -UCLA- (1996 y 2001).

Su labor investigadora ha atendido sobre todo al período renacentista (*Los “Dialoghi d’amore” de León Hebreo: aspectos literarios y culturales*, Granada, Universidad, 1984; introducción y notas a la traducción de los *Diálogos de amor* por David Romano, Madrid, Tecnos, 1986; edición de la traducción del Inca Garcilaso, Madrid, Biblioteca Castro, 1995) y a la literatura española del primer tercio del siglo XX (*Vanguardismo y crítica literaria en España (1910-1930)*, Madrid, Istmo, 1988; edición de *Treinta entrevistas a Federico García Lorca*, Madrid, Aguilar, 1989; introducción a *Mariana Pineda* de Federico García Lorca, Madrid, Espasa Calpe, 1990; edición de las Antologías de Gerardo Diego (1932 y 1934) *Poesía española contemporánea*, Madrid, Taurus, 1991; edición de Pedro Salinas-Jorge Guillén *Correspondencia 1923-1951*, Barcelona, Tusquets, 1992; edición de *Teatro inédito de juventud* de García Lorca, Madrid, Cátedra, 1994; *Una indagación incesante: la obra narrativa de Antonio Muñoz Molina*, Madrid, Alfaguara, 1998; la antología *Cien años de literatura en Granada*

(1898-1998): *Poesía*, Granada, Diputación, 1999; *Federico García Lorca*, Madrid, Eneida, 2000; *Hacia “Todo más claro”*, Madrid, Ayuntamiento, 2001).

Además es autor de una cincuenta de artículos publicados en revistas nacionales e internacionales: *Insula*, *Cuadernos Hispa-noamericanos*, *Revista Hispánica Moderna*, *World Literature Today*, *Intersezioni*, *La Torre*.

Entre 1993 y 2000 dirigió la “Cátedra Federico García Lorca” de la Universidad de Granada.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. ANTONIO CHICHARRO CHICHARRO

Señor Presidente,
Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores:

ES para mí algo más que una obligación académica proceder a la contestación pública del discurso que acaba de pronunciar el ilustrísimo señor don Andrés Soria Olmedo, sillón B de nuestra Academia de Buenas Letras de Granada, sobre *Francisco García Lorca (1902-1976): Para una biografía intelectual*. Si el Reglamento de que nos hemos dotado especifica que será el último académico ingresado efectivamente el que elaborará la contestación del discurso del recipiendario, el azar ha querido que este nuevo miembro de la Corporación sea además persona muy cercana profesionalmente a quien habla y, por supuesto, persona muy querida desde los cada vez más lejanos años setenta. Por eso, tomo mi intervención de hoy como grata ocasión de darle la bienvenida en nombre de mis compañeros académicos y de saludar al amigo, al colega y al profesional del saber literario que tanta fructífera atención viene prestando además a las buenas letras de Granada.

Nuestro académico, que aprendió de sus mayores el gusto por las letras y el amor por el trabajo filológico, crítico e histórico bien hecho, comenzó su andadura profesional en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada a mediados de los años setenta, llegando a ser Catedrático de Literatura Española de la misma. A su pasión lectora une nuestro académico su pasión por el saber de la literatura que,

sin depreciar la erudición, se sustenta en rigurosas bases de investigación como lo demuestran sus trabajos sobre la literatura y poética del periodo renacentista y muy particularmente los dedicados a la literatura y crítica literaria españolas del primer tercio del pasado siglo, habiéndose convertido en uno de los más importantes especialistas en la literatura de ese verdaderamente extraordinario momento de nuestras letras. No voy a pararme a nombrar sus cualificados estudios ni importantes ediciones. Tan sólo diré que Andrés Soria Olmedo es al día de hoy una figura imprescindible del hispanismo con proyección internacional.

Esta cualificación profesional basta ya para comprender el hecho de que la Comisión Gestora lo propusiera para ser nombrado académico fundador de nuestra Corporación. Pero, con toda probabilidad, debieron exponerse otras razones de no menor peso en la albaicinería casa número nueve de la calle Carro de San Pedro el día nueve de febrero del año que ahora acaba, lugar y día de tan importante sesión para nuestra Academia. Por supuesto que de aquella reunión sólo conozco el acuerdo tomado y ninguna de sus deliberaciones. En todo caso, supongo que se valoraría el acusado sentido de lo público que posee Andrés Soria Olmedo, tal como acaba de rubricarlo él mismo al comienzo de su intervención cuando ha expuesto su concepción de toda academia como una institución al servicio de lo público. En este sentido, me satisface comprobar que nuestro académico haya venido hasta aquí con clara conciencia de asumir antes una responsabilidad que de recibir un honor. Por esta razón, me permito agradecerle públicamente esta predisposición por cuanto se va a traducir en proyectos, actividades y estudios al servi-

cio de nuestra cultura literaria y de nuestra inmediata sociedad. Espero y deseo que tanto con su trabajo como con el del resto de los académicos, nuestra Corporación de nueva planta inaugure, como bien ha dicho, una tradición que con el paso de los años resulte gloriosa para nuestras letras y muy especialmente para los usuarios de las mismas.

Para comenzar, el discurso que ha pronunciado es una primera muestra de lo mucho que sin duda nos aportará en este sentido. Con él, acaba de efectuar en Granada, su Granada, un acto de justicia para con la memoria de Francisco García Lorca. La Academia de Buenas Letras de Granada hace suyas sus palabras y reconoce públicamente a este escritor granadino que, como tantos otros españoles de su tiempo, hubo de sufrir el exilio además de la brutal e irreparable pérdida de su hermano Federico, con lo que ello supuso de amputación y radical fractura en todos los órdenes de su vida. Pero no sólo ha sido un acierto por su parte haber prestado su atención a tan destacado cultivador de nuestras letras, sino que también ha sabido elegir la manera de hablar de él y, en definitiva y con la impuesta brevedad, ha sabido elaborar una semblanza extraordinariamente bien informada, llena de precisión y agudeza que nos ha permitido conocer mejor a este importante miembro de la singular familia García Lorca, del que con tan alta estima intelectual y consideración me hablara un día Gabriel Celaya. Su aproximación a la vida y obra de Francisco García Lorca, no me cabe la menor duda, es resultado de una convencional perspectiva biografista sólo en la disposición cronológica de la información. Sus matizaciones, explicaciones y, a la postre, valoraciones hacen que su discurso sobrepase los límites de una

común biografía. Ha sabido introducimos en el conocimiento de quien, como leemos en su poema que editara Antonio Carvajal en 1984, sintió su vida medianera de dos mundos.

He de concluir mi intervención. Seguiría hablando gustosamente de usted y de su trabajo, señor Soria Olmedo. Me extendería en consideraciones sobre la necesidad social y dignidad del discurso crítico que usted, junto a otros académicos, representa en la Academia de Buenas Letras de Granada. Pero, como sabe, no podemos pasar de un cierto límite con objeto de no alargar este solemne acto. No obstante, sí me he reservado unos renglones para manifestar vehementemente mi deseo de que nunca más la barbarie fascista de Granada ni de ningún otro sitio provoque tanto y tan largo dolor en una familia, en una tierra y en un país como el nuestro. Si aquella bestia no se hubiera desarrollado, habiéramos disfrutado de un Federico García Lorca octogenario y habiéramos asistido al fecundo desarrollo entre nosotros de la obra literaria de Francisco García Lorca. Pero la brutal muerte y el peso de su memoria y el exilio quebraron como delgado cristal el camino. De todas maneras me complace saber que a través de sus palabras ha vuelto de alguna manera a habitar entre nosotros Francisco García Lorca y no le quepa la menor duda de que las mismas han contribuido a un conocimiento de nuestra historia, maestra en efecto de la vida.

Y termino ya dándole la bienvenida a esta institución y agradeciéndole su discurso, al tiempo que le deseo una larga y provechosa vida académica para bien de nuestra cultura literaria y, con ella, de nuestra sociedad.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 5 de diciembre del año 2002,
vísperas del aniversario de la
Constitución Española de 1978,
que devolvió a los españoles
la libertad secuestrada desde 1936,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. Don José Carlos Rosales,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMII